

## Iconografía de Jaime Torres Bodet

Ángel Miquel\*

Adriana Konzevik y Francisco Montellano, *Jaime Torres Bodet. Iconografía*, México, FCE, 2018, 129 pp.

Es posible que Jaime Torres Bodet sea, junto con Salvador Novo, una de las personalidades más conocidas de la generación de los jóvenes que hicieron, a finales de los años veinte y principios de los treinta, la revista *Contemporáneos*. Un paseo por el catálogo de la Biblioteca Nacional e Internet da cuenta de la existencia de una buena cantidad de ensayos, textos académicos y periodísticos sobre Torres Bodet, dedicados fundamentalmente al estudio de aspectos de su obra política y educativa; también es fácil encontrar testimonios de la decantación de su nombre en escuelas, centros culturales, auditorios, librerías, calles y plazas. Paradójicamente, es posible también que la obra escrita de Torres Bodet sea una de las menos

leídas del “Grupo sin grupo”. Esta “iconografía”, publicada por el Fondo de Cultura Económica, con introducción y notas de Adriana Konzevik y selección de imágenes de Francisco Montellano, es una espléndida invitación para recordar de nuevo al hombre público y también para acercarse a los poemas, novelas y ensayos de una de las figuras más trascendentes de la cultura mexicana del siglo XX.

El libro muestra la trayectoria completa de Torres Bodet con imágenes y fichas informativas organizadas en una cronología que comienza en 1890, cuando contrajeron matrimonio sus padres en la ciudad de Lima, y finaliza en 1974, año de su muerte. Gracias a esos recursos complementarios nos enteramos, sobre todo, de los trabajos del poeta. En primer lugar, de los realizados en el campo de la educación, cuando ayudó a impulsar una gran campaña de alfabetización en un país con casi la mitad de sus habitantes analfabetas; al volver obligatoria y universal la instrucción primaria; al lograr la edición de los libros de texto gratuitos, así como la de 134 volúmenes de la Biblioteca Enciclopédica Popular, distribuidos

gratuitamente entre maestros rurales y en la red nacional de bibliotecas que había promovido el mismo Torres Bodet; al garantizar la extensión de la educación en el interior del país a través de la construcción de miles de aulas y casas para docentes, y al promover la profesionalización del magisterio con la fundación de las instalaciones de la Escuela Normal Superior.

Por otra parte, textos e imágenes dan información sobre las labores diplomáticas de Torres Bodet, primero en puestos secundarios en las embajadas mexicanas en España, Francia, Holanda, Bélgica y Argentina, y luego en cargos de mayor responsabilidad en la Cancillería, desde donde gestionó, por ejemplo, algunas de las complicadas circunstancias que derivaron de la nacionalización del petróleo y de la irrupción y el desarrollo de la Segunda Guerra mundial. En cuanto a la información relativa a la posguerra, en el libro se mencionan sus acciones para el reordenamiento de la Organización de las Naciones Unidas, con especial enfoque en la creación y constitución de su rama cultural, la UNESCO, así

\* Facultad de Artes, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

como en el estímulo al cuidado y la difusión del patrimonio con la fundación de los museos Nacional de Antropología, Nacional del Virreinato y de Arte Moderno; la promoción del arte mexicano en el exterior; la postulación del país como sede de los Juegos Olímpicos de 1968; las primeras gestiones con ingenieros franceses para la construcción del Metro de la Ciudad de México y un largo etcétera.

La ingente labor en estos campos llevó a Torres Bodet a establecer vínculos con buena parte del mundo cultural y político de la época. Y así, junto a imágenes que lo muestran con figuras de México como José Vasconcelos, Antonio Caso, Salvador Novo, Dolores del Río, Frida Kahlo y José Clemente Orozco, en esta obra se reproducen otras en las que aparece con mandatarios, ministros, académicos y diplomáticos de Francia, Holanda, Estados Unidos, Japón e India. Del reconocimiento a su trayectoria por parte de ese mundo inmediato dan cuenta los doctorados *honoris causa* otorgados en México por la UNAM, la Universidad Michoacana y la Universidad de Sinaloa, y por instituciones extranjeras de educación superior de La Habana, Lima, Lyon y Bruselas, así como las distinciones otorgadas por gobiernos de distintos países, como la Gran Cruz de Francia, la Gran Cruz de la Orden de la República de Italia, la Orden del Libertador San Martín de Argentina y el Gran Cordón de la Orden de Estrella Brillante de China; en cuanto a México, Torres Bodet fue designado miembro de la Academia de la Lengua y de El Colegio Nacional, y sus restos des-

cansan en la Rotonda de las Personas Ilustres de nuestra capital.

Aunque este libro da cuenta también de los principales acontecimientos privados de Torres Bodet, como su noviazgo y matrimonio con Josefina Juárez Montañés, la depresión resultante de la pérdida de la visión en un ojo y su suicidio, se centra menos en su vida privada que en las actividades del hombre público. Lo que confirma, por cierto, la frase burlesca de su amigo Novo, según la cual Torres Bodet no tenía vida, sino biografía. En el mismo sentido, al terminar de leer sus memorias, Octavio Paz se preguntó, extrañado: “¿Cuáles fueron sus sentimientos reales frente a su mujer y sus amigos, sus jefes y sus subordinados? ¿No se emborrachó, no traicionó ni fue traicionado, no deseó el fruto prohibido, no tuvo celos, no lloró?”.<sup>1</sup> Esta pudorosa reticencia a mostrar su mundo íntimo se matiza o incluso desaparece en las secciones de su obra donde el autor puede disfrazarse tras los personajes de las novelas o la primera persona genérica de los poemas. En esos libros no son raras las manifestaciones de soledad, angustia, amor y deseo, como en estos versos de “Triunfo”, escogidos al azar de entre otros del poemario *Sin tregua* (1957):

Y comprendí que el premio  
mayor de la existencia no es el  
alba,  
sino el ansia del alba, el largo  
esfuerzo,

<sup>1</sup> Octavio Paz, “Poeta secreto y hombre público. Jaime Torres Bodet”, *Vuelta*, mayo de 1992, p. 13.

la noche ardiente y casta,  
¡el combate del hombre con el  
ángel  
sobre la cima oscura del deseo!

Más rasgos personales de Torres Bodet traslucen en los personajes y las tramas de sus novelas. Por ejemplo, *Estrella de día* (1934) da cuenta de su afición juvenil por el cine al recrear la construcción de la imagen estelar de Pilar Santelmo, personaje claramente inspirado en la figura real de Dolores del Río y de quien se enamora un intelectual, Enrique Salinas, que al final de la historia la convence de que abandone su carrera en Hollywood para regresar a México a casarse con él. No estoy implicando necesariamente que don Jaime ocultara tras ese personaje un enamoramiento juvenil por doña Dolores —que por otra parte hubiera sido por completo posible, pues tenía sólo dos años más que ella—. Pero sí implico que el joven Torres Bodet, como ocurrió con Novo, Villaurrutia y algunos más de sus amigos, había sido ganado por el cine, y también que se avergonzaba un poco de esa pasión que lo alejaba de la alta cultura, como ocurre justamente con el personaje Enrique Salinas en la novela. Una manifestación de ese afecto fue su paso por la crítica cinematográfica, al encargarse de la columna “La cinta de plata” en *Revista de Revistas* entre 1925 y 1926; para quienes se interesan por cine silente, esas notas, compiladas y prologadas por Luis Mario Schneider para un libro de la UNAM, son de lectura imprescindible.

Enfocando su vida personal o pública, los textos y las imágenes

de esta “iconografía” perfilan a un hombre formal, afable, dispuesto a la sonrisa pero no a la risa franca y a quien gustaba fumar cigarros Chesterfield; de forma derivada, se deduce de la misma información el complejo universo psicológico y moral de un hombre cultísimo, creativo, con gran energía para iniciar proyectos y llevarlos a buen puerto, y convencido de la utilidad e incluso de la trascendencia de sus actos.

A la pregunta de Emmanuel Carballo de si el servicio como diplomático y administrador no le había restado un tiempo precioso para la construcción de su obra como escritor, Torres Bodet respondió:

Cuanto más nos obliga la vida a un trabajo no literario, más nos incita [...] a ir depurando nuestra actitud frente a la existencia y a ensanchar las perspectivas de los géneros [...] en que pretendemos manifestar nuestra personalidad [...] A mí los deberes no literarios me han servido de mucho. Entre otras cosas, porque me han ayudado a sentir la inquietud de mis semejantes, a quererlos, compadecerlos y respetarlos más hondamente [...] y a comprender que, entre el mundo y la torre de marfil, lo que importa es el mundo, siempre.<sup>2</sup>

No podría decirse, en cualquier caso, que la obra literaria de Torres Bodet sea escasa, pues está

<sup>2</sup> Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, SEP / El Ermitaño, 1986, p. 279.

integrada por 16 poemarios, reunidos recientemente en un solo volumen de más de seiscientos cincuenta páginas; por seis novelas y un libro de relatos, y por ensayos sobre Balzac, Tolstoi, Darrío, Proust, Stendhal, Dostoievski y Pérez Galdós, además, claro, de sus textos y discursos publicados sobre educación y política internacional, y de los cinco tomos de sus memorias.

Seguramente, el ejemplo de Vasconcelos —de quien Torres Bodet fue secretario, muy joven— inspiró la escritura de su autobiografía. Descontando el primer volumen (*Tiempo de arena*, 1955), los otros cuatro fueron redactados después de su larguísima trayectoria como funcionario de primera línea: secretario de Educación Pública en la segunda mitad de la presidencia de Manuel Ávila Camacho y durante todo el sexenio de Adolfo López Mateos; canciller por dos años en la administración de Miguel Alemán; director general de la UNESCO por cuatro años y embajador en Francia durante un periodo de igual duración. Desde luego, el recuento de esos tiempos es en principio menos apasionante que el del periodo fundacional narrado por Vasconcelos en el *Ulises criollo* y los libros que lo continúan, pero aun así involucra la reseña de la creación o consolidación de instituciones de la vida política y cultural de México que siguen siendo cruciales en nuestros días, y también retrata una situación internacional, que por desgracia continúa en gran medida vigente, que el autor resumió así en entrevista con Elena Poniatowska:

Durante cuatro años [...] me esforcé por contribuir a que la UNESCO fomentara una alianza humana, merced al robustecimiento de la solidaridad intelectual y moral de comunidades sociales muy diferentes. Hice viajes a muchos países, hablé con los representantes de muchos gobiernos. Pero dominaba, en todas partes, la inquietud de la guerra fría.

[...] mediante millares de incandescentes promesas, consejos y exhortaciones, lo que advertí —en múltiples circunstancias— fue una trágica soledad. Los poderosos continuaban desarrollando su política de dominio, y los débiles dejaban que sus representantes hablasen de paz, sin asociarse valientemente, a fin de luchar para mantenerla.

[...] el problema esencial sigue en pie. Mientras no se construya una paz auténtica, sobre la base de una creciente confianza en los valores de la cultura, en el respeto de la justicia y en el de los derechos del hombre, cada conciencia libre continuará sintiendo a su alrededor [...] lo que yo sentí muy frecuentemente a lo largo de aquel periodo de mi vida: la angustia de estar clamando en mitad de un desierto inmenso.<sup>3</sup>

Algunos de los datos presentados por Adriana Konzevik en la cronología y las notas a las imágenes provienen de las memorias de Torres Bodet, pero se resumen, priorizan y contextualizan con el uso

<sup>3</sup> “Las enseñanzas de Torres Bodet”, *La Jornada*, 6 de mayo de 2002.

de fuentes diversas en su excelente introducción. La investigación iconográfica, a cargo de Francisco Montellano, reproduce documentos del Fondo Jaime Torres Bodet resguardado en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación de la UNAM, además de imágenes de los Fondos Secretaría de Educación Pública y Hermanos Mayo del Archivo General de la Nación, la Fototeca Nacional del INAH y los archivos privados de Héctor García y Foto Fija. El trabajo de estos investigadores agrega un capítulo a la trayectoria que los dos autores han recorrido, por separado, en el rescate de la memoria fotográfica mexicana: Adriana como impulsora del Sistema Nacional de Fototecas del INAH y de

su espléndido órgano de difusión, la revista *Alquimia*, así como a través de la compilación de libros y la edición de catálogos de importantes exposiciones, y Francisco, afanoso coleccionista de imágenes y autor de algunas obras clásicas sobre fotógrafos que trabajaron en México a finales del siglo XIX o la primera mitad del XX.

Como ya es costumbre, este volumen fue pulcramente editado por el Fondo de Cultura Económica. Se suma a la colección de iconografías personales publicadas por esta casa, en la que se incluyen las de los mexicanos Ignacio Manuel Altamirano, Daniel Cosío Villegas, Jaime García Terrés, Efraín Huerta, Ramón López Velarde, José Clemente Orozco, Carlos Pellicer,

José Revueltas, Diego Rivera, José Vasconcelos, Agustín Yáñez, y un tanto fuera del espíritu de la colección, Emiliano Zapata, así como sobre las de los españoles Max Aub, Luis Buñuel y José Moreno Villa, el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, el argentino Julio Cortázar, el cubano Nicolás Guillén y el chileno Gonzalo Rojas. Aunque la selección de imágenes y la escritura de textos de buena parte de estos libros corre a cuenta de mujeres (trabajó en varios la querida e inolvidable Alba Rojo), esta colección aún no incluye en su nómina a intelectuales hispanoamericanas. Me parece obligado desear en esta librería que uno de los próximos volúmenes de la serie sea sobre Rosario Castellanos.